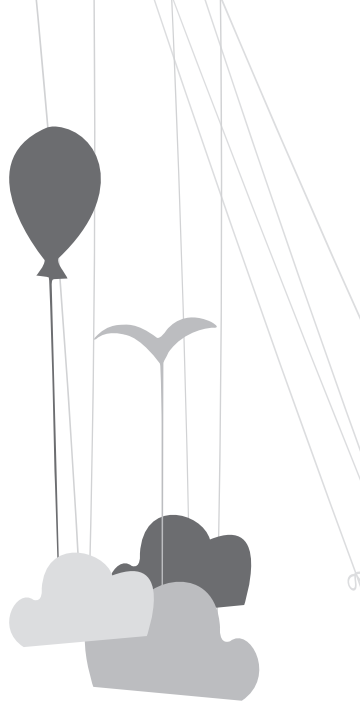


día uno

Viernes 4 de julio, 1:34 P.M.



Faltan veintisiete días para ser libre. Me encuentro enjaulada; suspendida dentro de una prisión de aluminio en forma de caja, con asientos de tela gris y olor a piña colada sintética que emana del fondo.

Josh -¡Joshua quise decir!- diría que soy melodramática. A veces me lo imagino haciendo ese tipo de comentarios. No es que pueda escuchar sus palabras en voz alta, ni que se me aparezca en sueños ni tonterías como esas. Pero si me quedo demasiado quieta, casi logro oírlo. Cuanto más se acerca el Aniversario, más lo intento. Simulo que está junto a mí en nuestro deteriorado balcón de madera antes del amanecer, cuando mi ruidoso y superficial aliento es el único sonido que se percibe. Cada vez que me encuentro aturdida y hastiada por culpa de Eden y del alcohol, lo evoco en medio de la noche, sentado junto a mi cama. Imagino que me acaricia la espalda mientras

susurra las dulces canciones de cuna francesas que nuestra madre solía cantar. Hasta puedo sentir el calor de su mano.

Me gustaría que estuviera aquí para calmarme. Soy rehén en el asiento delantero de una camioneta blanca y pequeña, junto a una extraña mujer con cabello similar al algodón de azúcar color *ginger ale*. Me está contando acerca de la magistral actuación de su nieta en el papel de Velma Kelly en su producción escolar de *Chicago*, como si fuéramos viejas amigas y como si no la hubiera visto activar el seguro para niños en el instante en el que salimos del estacionamiento del aeropuerto.

En las películas antiguas, hombres vestidos de blanco se llevan a los locos. A mí me acarrea una mujer en una furgoneta blanca.

-...una interpretación tan *vívida* -Algodón de Azúcar tamborilea sus uñas pintadas color rosa perla contra el volante, exactamente en las posiciones diez y dos-. Ella realmente *se transformó* en su papel. Bill, mi marido, filmó toda la obra.

A través de la ventana, observo la extensa carretera de dos carriles. El desierto llano de Nuevo México parece un dibujo hecho por un niño: espirales de un ceroso cielo azul sobre la tierra roja irregular, cactus inclinados como si alguien los hubiera plantado sin molestarse por que estuvieran bien colocados. Incluso veo las líneas onduladas del calor, parecidas a las que divisábamos con Josh y nuestro padre cuando solíamos hacer barbacoas detrás de la casa en Broad. Pero luego parpadeo y desaparecen.

-Ella es la única creativa de la familia -Algodón de Azúcar ríe y sacude la cabeza, pero su cabello no se mueve.

El vehículo gira bruscamente hacia una sucia y estrecha carretera. A la derecha hay unos pastizales, los primeros que veo en horas. Más allá del verde, distingo una polvorienta pista de equitación con numerosos caballos amarrados a una valla. Hay

algunas estructuras cuadrangulares de estuco con techos planos esparcidas por todo el terreno. Son antiguas y están separadas por espacios asimétricos, como si fueran dados que alguien lanzó sobre un suelo arenoso y luego los olvidó.

-Te dejaré en la residencia principal y, después, yo llevaré tus maletas a tu cabaña -comenta Algodón de Azúcar.

¿Residencia principal? ¿Cabaña? Hace que este lugar parezca un hotel con todos los servicios incluidos. Podría ordenar un cóctel de cortesía, ya que la euforia de anoche está comenzando a apagarse.

El moretón que tengo encima de mi ceja izquierda no deja de palpar mientras escudriño mi reflejo en la ventana. El nudo se transformó en una hinchazón morada que luce como Italia, solo que de manera horizontal. La cubriría con mi cabello si todavía lo tuviera. Pero la semana pasada me cansé de él, sobre todo de cómo se ondulaba en algunas partes y permanecía lacio en otras, como si no supiera qué es lo que deseaba ser. Por lo tanto, le pedí a Eden que me rasurara. Ahora capas desiguales caen sin vida alrededor de mi cráneo. No recuerdo la última vez que me bañé.

La carretera termina en una rotonda frente a un amplio edificio de estuco, parecido a los anteriores, pero imponente. Está recubierto por un tejado rojo inclinado.

-En este momento hay otras diecinueve chicas con nosotros, cuatro por cabaña. Tú vas a estar en la Cabaña Tres. Son muchas *estupendas* -exclama Algodón de Azúcar-. Estarán *encantadas* de ponerte al corriente de todo mientras te estés acomodando.

Dios mío, espero que haya un apretón de manos secreto.

-Esta es la residencia.

Estaciona la camioneta y se vuelve hacia mí. Es una antigua fumadora redimida, lo puedo deducir a partir de sus falsos

dientes entre blancos y azules y de las delgadas grietas en sus labios fruncidos, como áridos cauces de ríos.

-Estoy muy contenta de que hayas decidido dar este paso, Stephanie -por un segundo, parece que va a sujetar mis manos entre las suyas y, tal vez, intentar rezar conmigo. Pero luego observa la expresión de mi rostro y no lo hace-. Todas lo estamos.

-Stevie. La gente me llama Stevie.

Mi voz suena ronca y débil, pese a que de pronto me encuentro furiosa. ¿Por qué no les avisó papá cuando llamó? Es Stevie. Jamás Stephanie. No soy ella.

-Stevie -parece insegura, probablemente porque acaba de notar el perfil de mi madre en mi antebrazo izquierdo-. Stevie -trata una vez más-, bienvenida al primer día de tu recuperación.

Escucho un chasquido y aferro la manija del vehículo. La puerta se abre.

Piso la tierra roja con mis sandalias grises y miro de reojo hacia la luz. Hay un par de peldaños de cemento que conducen a la puerta principal de madera, que posee un retorcido picaporte de hierro forjado. Entre las escaleras hay una fuente de piedra que se ahoga en débiles chorros de agua enmohecida.

Me recuerda a algo que vi en ese fastidioso programa de renovación del hogar que Josh solía poner de fondo mientras leía el material de sus clases de Psiquiatría. Era así de inteligente: a los diecisiete años ya estudiaba en la universidad e incluso podía mirar televisión y leer al mismo tiempo.



-De veras, Josh -dije acomodándome sobre la sucia alfombra color mostaza que cubría el suelo de la sala.

Olía a orina de gato y cigarrillos. Después de que mi madre nos abandonara, nos mudamos a este precario apartamento en la zona oeste de la ciudad. No se parecía en absoluto a la amplia casa victoriana que los cuatro habíamos compartido en Broad. Josh y yo lo bautizamos *Le Mierdeau*, versión español-francesa de “El Castillo de Mierda”.

-¿Podríamos mirar otra cosa?

En la mesa de café había un paquete cerrado de papas fritas con sal y vinagre. Nuestra madre jamás lo hubiera permitido.

-¿No deberías estar escribiendo? -me preguntó Josh desde el sofá francés de dos plazas del siglo XVIII que, como el resto de los muebles, solía ser de ella. No combinaba demasiado bien con las persianas plásticas de tablillas ni con la horrible iluminación fluorescente-. ¿O al menos estar encerrada en tu habitación sufriendo el bloqueo típico de los escritores?

-Ben dice que no existe el bloqueo de inspiración. Solo son escritores que *realmente, realmente, realmente no quieren escribir*.

Bennett Ashe era un novelista amigo de nuestro padre. Se habían conocido cuando papá había comenzado un taller de hombres escritores al que había promocionado en el periódico local, donde trabajaba como editor de la sección de Artes y Ocio. Desde aquel momento, el grupo había sido predecible: las noches de los martes en nuestra cocina, con whisky americano y demasiados *En mi próxima novela* como para contar. Ben era el único novelista real del grupo, si no contábamos los tres manuscritos guardados al fondo del escritorio de mi padre, como si se tratara de revistas obscenas.

-¿Cómo viene, eh... la clase?

No es lo que él quería preguntar ni a quién quería preguntárselo. Pero hay una norma tácita entre los dos, y él la obedece.

-Bien, supongo.

Ben dictaba un seminario de verano sobre prosa narrativa para chicos preuniversitarios y había accedido a que yo asistiera como oyente. Papá juraba que se debía a mi talento y no al hecho de que Ben era básicamente parte de la familia y sentía lástima de que no tuviera madre. Sí, claro.

-Puedo leer algunos de tus escritos, si quieres.

-No están listos aún -dije rápidamente-. Más tarde, quizás.

Estiré mis piernas, presionando las palmas sobre la alfombra; sentía la áspera textura que se clavaba en mis manos.

Respiré hondo y tensé intencionalmente los músculos de las piernas. El movimiento de elevación tenía que ser exacto o no contaría. *Subo, sostengo, contraigo y bajo. Subo, sostengo, contraigo y bajo.*

Josh me ignoraba, concentrado en la mansión española de estilo colonial que aparecía en la pantalla. Estaba situada en Miami y rodeada de palmeras. Había incluso una piscina de horizonte infinito en el patio trasero. El dueño tenía la camisa desabrochada de manera tal que se podía ver el vello de su pecho.

-Observa aquella fuente, allí adelante. Es linda, ¿cierto? -Josh tomó el envase de papas fritas que, al abrirse, arrojó un aroma a sal y vinagre. Se me retorció el estómago de culpa. *Demasiada sal*, habría dicho ella. *Demasiadas grasas*. A Josh no le importaba. Actuaba como si nada; como si ella jamás fuera a regresar-. Vamos, te encantan -dijo mientras me acercaba la bolsa.

-No es verdad -discutí-. Además, ya comí -cambié de pierna con más velocidad esta vez, a doble tiempo. Yo era eficiente, una máquina. Me aseguré de inhalar por la boca para que ni siquiera el olor a grasas pudiera penetrarme. Era una fortaleza-. Este programa es para amas de casa aburridas, Josh. En serio.

-Cállate -me arrojé el control remoto con tanta fuerza que me golpeó el hombro. Lo levanté y puse el canal A&E-. Y es Joshua.

Pasar a usar su nombre completo había sido la primera medida que había tomado luego de haber obtenido la carta de aceptación a la universidad. Probablemente, pensaba que eso haría que los universitarios olvidaran que tenía diecisiete años y que era virgen.

-Lo siento -resoplé- pero este programa es para amas de casa aburridas... Joshuuuuuaa.



Ahora Algodón de Azúcar abre la puerta delantera y me escolta hacia dentro.

-Después de ti.

Una ráfaga de aire helado se escurre por debajo de mis ropas, provocándome un fuerte escalofrío. Hace más frío aquí que en el avión. Puedo sentir que mi cuerpo empieza a funcionar a toda marcha.

Bien.

-Puedes considerar esta casa de campo como tu base de operaciones. Comerás aquí y pasarás el tiempo libre entre las reuniones de grupo y otras actividades. Las cabañas son solo para dormir. El personal las cierra con llave durante el día -me explica en voz baja mientras me guía a través de un largo corredor español de cerámica.

Llegamos a un enorme salón dividido por una enfermería. De un lado hay un comedor con cinco mesas redondas de madera clara, mientras que la otra parte luce como la sala de recreación de un campamento de verano para delincuentes psicóticos y desesperados: sofás que desentonan frente a una televisión y mesas desparramadas con lápices de colores y cartulinas.

A lo largo de la pared del fondo, puertas dobles de vidrio dan hacia un pequeño patio. Más allá de él, hay una pista de equitación y varios pastizales y, luego, el vacío del desierto. Estoy en los confines de la Tierra.

-Las otras chicas están en terapia de grupo ahora mismo. Las conocerás en el refrigerio de la tarde -su voz hace eco y el pasillo empieza a girar. Cierro los ojos con fuerza y aguardo la caída.

-Ten cuidado, querida -me dice, estabilizándome. Tiene reflejos sorprendentemente veloces.

-Estoy bien -la tranquilizo apresuradamente, apartándola con brusquedad. Al abrir los ojos, el corredor se encuentra estable-. Estoy bien.

Ella presiona sus labios hasta que se desvanecen.

-Las enfermeras revisarán tus signos vitales, te extraerán sangre y te harán un electrocardiograma antes de la cena. Pero Anna quería conocerte primero, saludarte.

-¿Anna? -¿acaso conozco a una Anna?

-Anna. Tu terapeuta -lentamente, me conduce hacia la puerta de la oficina del lado izquierdo del salón-. Tienes suerte, es una de las mejores que tenemos.

¿Suerte? Está desquiciada, debo admitirlo.

Nos encontramos frente a la puerta y mi *nanny* golpea la madera tres veces. *AnnaAnnaAnna*.

-Adelante.

Algodón de Azúcar me hace un gesto con la cabeza.

-Pasa.

Tomo el picaporte con la mano temblorosa. Solo que realmente no soy yo. Estoy ausente, cual espectadora en un frío y oscuro teatro que observa a una víctima desprevenida a la cual se le acerca su fin.

¡No lo hagas! Quiero gritar. *¡Es una trampa!* Pero la chica de la pantalla no me escucha. Simplemente gira el picaporte y atraviesa el umbral. Siempre ocurre lo mismo.